

Cristo Nos Quita Nuestros Pecados Y Nos Da Su Justicia

Martín Lutero

Sermón para la Fiesta de la Pascua
Fecha: 16 de abril de 1525

Texto: Marcos 16:1-8. *Cuando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a ungiarle. Y muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, ya salido el sol. Pero decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro? Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, que era muy grande. Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca; y se espantaron. Mas él les dijo: No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron. Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo. Y ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo.*

A fuerza de haberla oído ya tantas veces, esta historia y su aplicación a nuestra vida no os resulta difícil de entender. Queremos no obstante volver una vez más sobre ella, dado que la Pascua se conmemora cada año, y dado también que es necesario predicar sobre esta historia siempre de nuevo, no sólo por la debilidad de nuestra propia carne, sino también por causa de los muchos oyentes que no entienden las cosas tan fácilmente.

PRIMERA PARTE

El Relato Histórico En Si

En primer lugar relataremos la historia tal como sucedió y como debiera ser de conocimiento público entre todos los cristianos; y luego hablaremos de la utilidad práctica y de la virtud de la resurrección del Señor. Ninguno de los cuatro evangelistas puso mayor empeño en referirnos los acontecimientos en su orden estricto; todo aparece mezclado: lo que uno trae más adelante, el otro lo ubica más atrás. Lo que importaba era describir los hechos en sí; el desarrollo cronológico lo consideraban cosa secundaria. Ocurrió lo que suele ocurrir casi siempre cuando sucede algo inaudito, algo que está en boca de todos: el uno lo cuenta de una manera, el otro de otra. ¡Y en verdad, no es cosa de todos los días que un hombre resucite de entre los muertos! Por eso, como ya queda dicho, los evangelistas describen todos el mismo asunto, pero no en el mismo orden ni con las mismas palabras. Veamos si nosotros somos capaces de relatar la historia en el orden debido.

1. Al Ir Al Sepulcro, Las Mujeres Dan Testimonio De Su Gran Amor.

Marcos comienza diciendo: "Cuando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas" para ungir el cuerpo de Cristo que yacía en el sepulcro. Esto ocurrió al atardecer, o sea, ayer. Con ello, las mujeres dieron cumplimiento a lo establecido por la ley de Moisés, y no podemos menos que decir que lo hicieron de una manera demasiado estricta. A la mañana siguiente, según el informe de Marcos, las tres mujeres vinieron al sepulcro. El evangelista Lucas habla de un número mayor, incluyendo a las mujeres que habían seguido a Cristo. "Muy de mañana" dice Marcos que salieron las mujeres. Entre tanto se produce lo que menciona Mateo, a saber, un gran terremoto junto al sepulcro. De esto las mujeres no sabían nada. Y vino un ángel y removió la piedra y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido, blanco como la nieve. Al verle, los guardas del sepulcro temblaron de miedo. El ángel los había asustado grandemente, porque el aspecto de su rostro era para ellos insoportable. Entre tanto el ángel desapareció, y los guardas, reponiéndose de su atolondramiento, se dieron a la fuga, quedando el sepulcro abandonado, y abierto. También esto lo ignoraban las mujeres. Y ahora se vienen acercando al sepulcro; pero sumidas en su profundo dolor se han olvidado de traer consigo a alguien que pudiera removerles la piedra. Les pasó lo que les suele pasar a personas que son presa de una gran turbación: se vuelven como ciegas. Hallándose ya a pocos pasos del sepulcro, al fin se acuerdan: "¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?" No obstante, siguen adelante resueltamente. Otra cosa más habían olvidado: que junto al sepulcro había guardas, que seguramente no les permitirían penetrar en el sepulcro. Había, pues, dos motivos por qué no podrían acercarse al cuerpo de Cristo: la piedra que cerraba el sepulcro era demasiado grande, y Pilatos y los sacerdotes habían prohibido el acceso. Esto te demuestra cuan hondo era el amor que estas mujeres profesaban a Cristo. Y ahí tienes al mismo tiempo un hermoso ejemplo de cómo procede un corazón espiritual: comienza una obra imposible, y a pesar de todo la lleva a cabo. Las mujeres tampoco creían que los ángeles con quienes se encontraron a la entrada del sepulcro eran los guardas, sino que los tuvieron por fantasmas porque en aquellas tierras se acostumbra llevar vestimenta blanca sólo en días de fiesta.

2. El Encuentro Con Los Ángeles Sólo Sirve Para Confundir A Las Mujeres.

Llegadas al sepulcro, las mujeres ven que la piedra está removida, y que los guardas han desaparecido. Marcos dice que "vieron a un joven sentado al lado derecho", Lucas y Juan hablan de dos jóvenes. Esto tiene la siguiente explicación: cuando las mujeres entraron por primera vez en el sepulcro, no vieron absolutamente nada, según el relato de Lucas¹: ni a un ángel, ni a los guardas, ni tampoco el cuerpo del Señor, Creían entonces que el cuerpo había sido sacado de allí por los guardas y sepultado en otro lugar. No se les ocurrió que Cristo podría haber resucitado. Dieron la vuelta al sepulcro, mirando y remirando, como cuenta el evangelista². Esta búsqueda se prolongó por bastante tiempo, y en un momento dado vuelven a presentarse los ángeles. Primeramente las mujeres vieron a un solo ángel, luego a dos, o viceversa. Lo uno y lo otro es posible, puesto que, como ya dijimos, los evangelistas no se atienen estrictamente al orden en que se produjeron los acontecimientos. Sea como fuere, el ángel dice: el Señor no fue quitado ni hurtado sino que "ha resucitado". Este mensaje les pareció por demás asombroso. El significado

¹ Lc. 24:3.

² Mr. 16:4.

de las palabras sí que lo comprendieron, pero como no les dieron crédito, se llenaron de espanto³. ¡Y eso que se les había ordenado dar aviso a los discípulos y a Pedro! Ésa fue la primera visita al sepulcro.

3. Tampoco A Los Discípulos Les Trae Sepulcro.

Regresando todas juntas del sepulcro al lugar donde están reunidos los discípulos, las mujeres llevan a éstos la noticia de lo acontecido. Mas a los discípulos les parecían locura las palabras de las mujeres⁴. Especialmente María Magdalena no podía creer en la veracidad del mensaje angelical, y dice: "Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sé dónde le han puesto"⁵; porque este artículo⁶ sobrepasaba la capacidad perceptiva de su fe.

Ahora los discípulos mismos, con Pedro y Juan a la cabeza, se dirigen al sepulcro, acompañados de algunas de las mujeres que acaban de volver de allí⁷. Juan ve los lienzos puestos allí y el sudario, "y creyó"⁸, es decir, tomó por confirmada la versión de que el cuerpo del Señor había sido sustraído; porque todavía no pudo creer que Cristo había resucitado⁹. Asimismo, también los demás entran en el sepulcro, y quedan asombrados; pero tampoco ellos creen que Cristo resucitó.

4. La Aparición De Cristo Lleva A María Magdalena A La Fe.

Los discípulos vuelven a reunirse en su residencia habitual. Sólo María permanece junto al sepulcro. Lloro amargamente, porque cree haber perdido a su Señor. Mira dentro del sepulcro, y mira desde dentro afuera. Luego, según el informe de Juan, María vio a dos ángeles que le dijeron: "Mujer, ¿por qué lloras?" Posiblemente vio además cómo los ángeles se acercan al Señor y le rinden honores. Entonces se acerca también ella a Cristo y le dice: "Señor, si tú le has llevado, dime dónde le has puesto"¹⁰. Está como fuera de sí de puro amor, y cree que todo el mundo sabe algo de aquel en quien ella piensa. En ese instante, Cristo le dice: "¡María!" Por la voz le reconoció, y cayó de rodillas ante él como acostumbraba hacerlo. Él empero le dijo: "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios." Fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor; mas ellos no lo creyeron.

5. En El Mismo Día De Pascua, Y También Posteriormente, Hubo Otras Apariciones Más De Cristo.

Esto es lo que sucedió el domingo por la mañana, cuando Cristo resucitó, y cuando Pedro y los demás discípulos todavía se hallaban juntos. Después se separaron unos de otros; porque leemos que Cristo apareció a Pedro solo. Por la tarde del domingo de Pascua apareció en primer lugar a aquellos dos discípulos en Emaús. Además se nos relata lo que sucedió hacia la noche de

³ Mr.16:8; Mt. 28:8.

⁴ Lc. 24:11.

⁵ Jn. 20:2.

⁶ El artículo (del Credo) de la resurrección del Señor.

⁷ Lc. 24:12; Jn. 20:3, 11.

⁸ Jn. 20:5, 8.

⁹ Jn. 20:9.

¹⁰ Jn. 20:15.

aquel mismo día. Lo que no sabemos, en cambio, es el tiempo exacto en que se produjo la manifestación de Cristo ante sus discípulos a orillas del mar de Tiberias, hecho que se registra en el Evangelio según San Juan¹¹.

SEGUNDA PARTE

El Fruto Y El Provecho De La Resurrección De Cristo

Ésta es la primera parte o sea, el resumen de los detalles históricos que es necesario conocer para estar al tanto acerca de la resurrección. Pero con esto no basta. Por lo tanto, prestad atención y abrid vuestros oídos. No basta, digo, con saber que Cristo salió de aquel sepulcro cavado en una peña, antes de que hubiera sido removida la piedra, etcétera. No debes detenerte ahí sino que tienes que avanzar en conocimientos para que sepas cuál es el fruto y el provecho de la resurrección. Por esta misma razón los apóstoles no dieron tanta importancia al orden cronológico en su relato de la historia de la resurrección, sino que insisten ante todo en la virtud y el provecho de la resurrección, y justamente esto es lo que menos suele interesar a los hombres. Nuestra naturaleza carnal admira más la historia en sí que su utilidad. Los evangelistas en cambio no cuidaron tanto el detalle histórico sino que destacaron la utilidad de la historia, con el propósito de conducirnos a entender el provecho que tenemos de ella. Muchos son los que han predicado sobre la resurrección, y han descrito con gran verbosidad el modo cómo resucitó el Señor. Mas lo que a ti te debe interesar es conocer el por qué de la resurrección. Con sólo oír hablar de ella, o con verla retratada, como admiramos la majestuosa escena de la entrada de un rey en una ciudad, con esto no haces nada. Tú mismo debes ser un actor en la resurrección, y ella debe actuar en ti.

En este sentido se refiere a la resurrección el apóstol Pablo cuando escribe en la primera carta a los Corintios, cap. 15 (v. 12 y sigtes.): "Algunos dicen que no hay resurrección de los muertos. Entonces tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados." Con estas palabras, el apóstol hace resaltar el verdadero significado que tiene para mí la resurrección, para que yo lo crea; porque de otro modo mi fe es vana, y estoy todavía en mis pecados. En forma aún más clara se expresa en la carta a los Romanos, capítulo 4 (v. 25): "Cristo fue muerto por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación." Ahí ves cómo predica Pablo acerca de la resurrección. No dice: "Cristo murió, y luego resucitó, lo que es verdaderamente asombroso", sino que dice: "Cristo fue muerto — ¿por qué?— por nuestras transgresiones. Y este mismo Cristo fue resucitado — ¿para qué?— para nuestra justificación." Este texto es preciso que lo entiendas y retengas, para que puedas entender y retener el fruto de la muerte y resurrección del Señor. Es mucho lo que se condensa en estas palabras: "por nuestras transgresiones" y "para nuestra justificación". En verdad, en ellas está comprendido todo lo que se puede predicar acerca de Cristo.

1. Cristo Fue Muerto Por Nuestras Transgresiones.

Que Cristo fue muerto "por nuestras transgresiones" quiere decir que nuestras transgresiones le fueron impuestas a él; él las lleva sobre sus hombros como una carga. Si un

¹¹ Jn. 21:1 y sigs.

asaltante ha sido condenado a muerte, y yo quisiera que quede con vida, lo único que puedo hacer es decir: "Deja a éste con vida; yo estoy dispuesto a morir por él". Entonces, la culpa que pesaba sobre el asaltante recae en mí, de modo que él queda libre tanto de la culpa como del castigo; ya no es un ladrón, porque yo muero en lugar de él; ya nadie debe perseguirle por los crímenes que cometió. Y esto es precisamente lo que hizo Cristo: él, que era Sin pecado, lleva el pecado; él sufrió el castigo que no tenía merecido. Estas palabras no caben en la mente humana —son demasiado sublimes— a menos que el Espíritu Santo me las inscriba en el corazón, es decir, me haga saber con plena certeza que yo no soy un pecador, y que aquel que no tiene por qué morir ni es pecador, carga con ambos: con mi trasgresión, y con mi muerte. ¡Muéstrame a un hombre que cree esto! Supongamos que yo sea un homicida: con esto lo he merecido todo, la condenación y todos los horrores del infierno. ¡Y ahora se me dice que debo tener una conciencia libre de temores, que el pecado ya no debe perturbarme para nada! ¿Cómo puede entrar esto en una cabeza humana? ¿Acaso yo no sé muy bien que con mis transgresiones he merecido la muerte? Acabo de decir, refiriéndome a un ladrón: Si ese ladrón ve a otra persona morir en lugar de él, él sabe: yo ya no soy ladrón. Y en efecto, ya no lo es; para él la vida comienza de nuevo. Igualmente, cuando yo llego a ser cristiano, debo darme a mí mismo este glorioso testimonio: Yo no sé de ningún pecado. Pero ¡observa la larga lista de tus maldades, y tu vida llena de imperfecciones! ¿Cómo te atreves entonces a decir tal cosa? Respuesta: El que no tenía pecado y no mereció la muerte, éste llevó el castigo en lugar mío. Esta preciosa verdad tenemos que aprenderla. Y por cierto material suficiente para aprender hay en ella, así viviéramos cien años. Empieza a creerla, y luego dime si el creer es realmente tan fácil. ¡Indícame un corazón capaz de comprender estas palabras! El mundo entero no las puede comprender, y ni siquiera puede comprenderlas el cielo mismo, aunque fuese Cien veces mayor de lo que es. La carne, por lo tanto, no lo puede comprender; es necesario que venga el Espíritu y nos lo diga. Yo estoy lleno de pecados; ¡y ahora oigo que el Hijo de Dios fue muerto por mis transgresiones! Él me dice: "Tú tienes pecados, y por añadidura, te espera la muerte. Pero yo me haré responsable de ti, de modo que no tengas que temer ni el pecado ni la muerte". Si me fijo en esto, no alcanzo a entenderlo; no puedo comprender la magna obra de que Dios viene a nosotros en mi propia carne humana para quitar de nosotros nuestras transgresiones. Son, pues, palabras ardientes, palabras que queman y consumen todos los pecados

Algo más se nos indica con estas palabras, a saber: que no hay hombre alguno en toda la tierra que no esté en pecados. El que esté sin pecado, tache la palabra "nuestra". Ese "nuestra" soy yo, eres tú. Dios no habla de vacas o de ángeles. ¿Dónde, pues, están los que quieren descargarse de sus pecados por medio de sus propias obras? Hay quienes dicen: "Yo, por mi estado clerical, confío en poder obtener de Dios la condonación de la deuda que contraí con mis pecados". El Señor en cambio dice: "Cristo fue muerto por tus transgresiones". ¿Cómo concuerda lo uno con lo otro? Y Cristo — bien: si tus obras son en verdad tan efectivas, ¿por qué muere él? Y por el contrario: si él tuvo que morir, ¿cómo te atreves tú a hablar de la efectividad de tus obras? De esto hemos de sacar la conclusión de que estamos en pecados tan enormes que todos los ángeles juntos no son capaces de ayudarnos. Y aunque tuvieras las buenas obras de todos los santos, de nada te valdrían. Piensa empero quién es el hombre que muere por nosotros: es el que ha creado todas las cosas. De manera que los pecados en que estamos son tales que no nos puede salvar sino el Creador mismo.

Por lo tanto, estas palabras deben llevarnos a reconocer que estamos sumergidos profundamente en pecados, y a desesperar de todo recurso propio. Y en esta situación no debo buscar auxilio ni en el cielo ni en la tierra ni en creatura alguna, sino únicamente en esta palabra: "Cristo fue muerto por nuestras transgresiones". De estas palabras depende todo. ¿No te parece

una predicación hermosísima: "Cristo llega a ser Yo, y Yo llego a ser Cristo"? Yo llego a ser Él por cuanto él fue muerto por mis transgresiones, de modo que yo ya no tengo que morir; y así Él llega a ser Yo, en el sentido de que por gracia de Él, yo ya no tengo pecados ni tendré que sufrir ya la muerte. Por ende, un cristiano no tiene pecado alguno, porque Cristo carga con ellos, como escribe S. Juan en su primera carta¹².

Es cierto: también el cristiano muere; pero su muerte no es más que un sueño. Hasta tal punto Cristo "se metió dentro de mí", que ya todo lo mío es suyo; pero ¿cómo podemos nosotros meternos dentro de él?

2. Por Virtud De La Resurrección De Cristo Llegamos A Ser Justos.

El texto de Pablo que cité tiene una segunda parte, a saber: "Cristo fue resucitado para nuestra justificación". ¿De qué manera llegamos a ser hombres buenos? ¿Dónde hay que comenzar para alcanzar la justicia? Aquí tienes el testimonio expreso de que seremos hechos justos. "Nuestra" —esto somos nosotros—; el que se quiere excluir, tendrá que buscarse otro Cristo. En todo caso, entre los designados por la palabra "nuestra" ya no figura más, y la justificación tampoco la alcanzará. El cilicio y el celibato no le ayudarán para nada; ésa no es "nuestra" justicia, sino una justicia ajena, que procede del diablo. Ante los ojos del mundo podrá servir de adorno, pero cuando nos toque morir, se irá con nosotros al diablo. Se desprenderá como se desprende la piel de la serpiente. Los que se jactan de poder alcanzar la justicia por sus propios medios tienen un adorno ajeno que un día se lo tendrán que quitar, así como los ricos tienen que dejar atrás sus bienes e hijos. Allá estarán ante el tribunal de Dios, con nada más en su haber que bienes exteriores, etcétera. Este tipo de justicia lo llamamos por lo tanto "justicia de este mundo".

Nuestra justicia empero es la que se describe en el texto (¡cierra los ojos y presta atención!), nuestra justicia es que "Cristo ha resucitado"¹³; ésta es la manera y la forma de llegar a ser justo. Por consiguiente: cuando tú crees que Cristo carga con tus pecados y con tu muerte, a fin de que tú ya no seas pecador ni tengas que morir, y cuando crees que él ha resucitado de entre los muertos para nuestra justificación, entonces eres justo. Cristo no fue muerto para que permaneciera en pecados y en la muerte; pues de ser así, de nada habría servido que se nos enseñaran todas estas cosas. Antes bien, Cristo dice: "Yo asumo en mí el pecado y la muerte para vencerlos". "¡Pecador!" se le grita cuando está clavado en la cruz. Pero su inocencia sale victoriosa y consume el pecado y la muerte. Pues si no hubiese vuelto de la tumba, su muerte no habría sido ninguna ayuda para nosotros. La solución para todos nuestros males radica, pues, en el hecho de que Cristo resucitó, haciendo predicar entre nosotros la palabra de la reconciliación. Cristo no pudo morir, por cuanto era Dios; y no obstante pudo morir, por cuanto era también verdadero hombre. No pudo pecar, y por eso tampoco pudo ser acusado de haber pecado. El poder del pecado se evidencia cuando el pecado me muere (a esto se refiere el "acusar"), se agita dentro de mí y me dice: "¿Qué hiciste?" Cristo, como ya dije, no pudo pecar, o sea, no pudo ser acusado. Al contrario: el Padre celestial tuvo complacencia en él. Y a pesar de esto, a pesar de que no se pudo levantar ninguna acusación contra él, le fue imputado el pecado de todo el mundo. La muerte temporal le echa la mano y le quiere devorar; mas lo que en opinión de la muerte es carne y sangre humana, en realidad es vida eterna que devora a la muerte. Es verdad: Cristo

¹² 1ª Jn. 1:7; 2:1.

¹³ Mr. 16:6.

muere en la cruz, y la muerte cree haber obtenido la victoria. Pero lo que menos se imaginaba la muerte era que Cristo resucitaría y le diría: "¿Dónde estás ahora, oh muerte? He aquí que te devoré."

La inocencia en Cristo es perpetua, la culpabilidad pesaba sobre él sólo temporalmente, a saber, el sexto día de la semana. ¿Quién puede ya acusarle? ¿Los judíos? Acuérdate del himno que cantamos:

¡Qué guerra hicieron entre sí
la Vida y la Muerte!
Tragada está la Muerte vil,
la Vida fue más fuerte.

Y todo esto se hizo en la persona de Cristo, lo que le da motivo a Pablo para prorrumpir en las jubilosas palabras de 1ª Corintios 15 (v. 57): "¡Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!" En esta única persona estriba la victoria no sólo sobre el pecado sino también sobre la muerte. Por lo tanto, dirige tus miradas solamente hacia Cristo. Míralo en el momento en que pende de la cruz: le ves lleno de infortunios, desprovisto de todos los bienes, cargado de todos los males; ni aun ahora hay lugar para él en la tierra. Pero míralo también hoy, en el día de la Pascua: ¡ha resucitado! Ya no ves en él ningún vestigio de dolor, sino sólo gloria, santidad, justicia y vida.

Y todo esto, dice Pablo, es para provecho tuyo. Quien puede comprenderlo, es bienaventurado. Sin embargo, no es posible que una verdad tan grande penetre sin más ni más en nuestro corazón; demasiado estrecho es nuestro corazón para ello. Es preciso, por ende, que prediquemos y estudiemos para que se nos abra el entendimiento. También los apóstoles Pedro y Pablo quieren que lleguemos a un conocimiento siempre más perfecto de Cristo. "Pero", me preguntarás, "¿acaso no le conozco?" No lo quiero poner en duda; sin embargo, es preciso que de día en día sea mayor en ti la certeza de que tú eres uno de aquellos que saben que Cristo fue resucitado para nuestra justificación, esa certeza de que el "nuestra" te incluye también a ti, por cuanto todo lo que Cristo hizo, lo hizo por ti.

3. Lo Que Cristo Ofrece, Lo Recibimos Sin Ningún Aporte Personal Nuestro.

Entonces sucederá que tú llegues a ser un maestro del mundo entero, capaz de pronunciar un juicio sobre todos los papistas y eruditos. Pues quírase o no, el hecho es que no hay remedio alguno contra el pecado y la muerte a menos que muera este Uno. Por lo tanto, no puede ser más que un burdo engaño todo lo que se nos ha predicado acerca de la satisfacción y las buenas obras. De esta manera, tú estás en condiciones de juzgar a todos' los falsos profetas que te recomiendan confiar en tus propias obras, y que te envuelven en una neblina para impedir que veas claramente. El diablo rehuye estas palabras para no tener que oír las. A tal efecto incita a muchos espíritus sectarios que te dicen, por ejemplo: "Tienes que destruir las imágenes idólatras¹⁴ si quieres agrandar a Dios". Prueba estos espíritus, y verás que no son de Dios sino del diablo¹⁵. No alcanzarás la justificación por medio de tus obras sino por el hecho de que Cristo muere por ti.

¹⁴ Iconoclastas — "destructores de imágenes".

¹⁵ Comp. 1ª Jn. 4:1.

Por consiguiente: si oyes hablar de un "obrar" que presuntamente te convierte en un cristiano, has de saber que allí está hablando el diablo. Cuando se te quiere hacer bueno y piadoso mediante la palabra "obrar" (quiere decir, cuando se te indica el "obrar" como forma en que debes alcanzar la justicia que vale ante Dios), allí también está hablando el diablo. En cambio, cuando hablan de una obra en bien del prójimo, allí el "obrar" está en su lugar. Pero cuando alguien te indica como motivo para tu obrar, no la necesidad de tu prójimo, sino tu eterna bienaventuranza, de éste aparte como si fuese el diablo en persona.

¿No oyes lo que te dicen los espíritus sectarios? "¡Así y así tienes que hacer!" Pero tú contéstales: "¡Cállate, diablo! Delante de Dios no puedo hacer absolutamente nada. Aunque destruyera todas las imágenes, no soy más que un pecador de frías a cabeza. No por destruir imágenes he obtenido la justificación ante Dios, sino por medio de la palabra: Cristo murió por ti". Por lo tanto: el principio, medio y fin, la perfección de nuestra justicia es el hecho de que Cristo murió y resucitó por nosotros. Sólo donde se admite y se cree esto, rige en forma ilimitada el veredicto: Cristo te absuelve de los pecados y te libera de la muerte. Que estas palabras se hagan efectivas para ti, no lo lograrás ni con una obra tuya ni con la predicación, sino solamente por medio de la fe, o sea, si crees que es así como reza la palabra de Dios que yo te anuncio.

De todo esto puedes desprender que Cristo está en nosotros y nosotros en él. Él está en nosotros porque se pone a nuestro lado y nos quita los pecados y en cambio nos da justicia y vida eterna, de modo que ya no tengo una mala conciencia ni tampoco tengo necesidad de temer, gustar y sentir la muerte. La carne por cierto teme la muerte y se horroriza ante ella, pero el espíritu no. Es como dice Cristo: "El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil" (Mateo 26:41). La carne lo siente todo: la muerte tanto como el pecado. Quiere decir: nuestro corazón es carnal, por cuanto todavía queda en nosotros una buena dosis del sentir carnal; y en estas condiciones, la muerte sigue siendo dolorosa. Pero tan pronto como entiendas estas palabras en su verdadero significado, no puedes pecar ni morir; mientras tengas fe, nada de esto te podrá suceder. A esto se refiere Pablo al decir: "Si Cristo no resucitó, aun estáis en vuestros pecados" (1ª Corintios 15:17). Puedes hacer lo que quieras, pero es así. Si Cristo no fue muerto por nuestras transgresiones, estás todavía en pecados y perdiste la Justicia; y por más que la busques en cualquier otro lado, no la encontrarás.

Así, pues, has visto, en primer lugar, los detalles de la resurrección, y en segundo lugar, su provecho. Pero no debemos quedarnos sólo con lo primero, sino que debemos dirigir nuestra atención a lo segundo. Éstos son nuestros verdaderos panes pascuales, a saber, el conocimiento de Cristo.